

VIGILIA DE PENTECOSTÉS

(Chandavila 7 de junio de 2025)

Ha llegado Pentecostés, la fiesta por excelencia del Espíritu Santo, la fiesta que nos recuerda que Él es el que hace a la Iglesia. La escena que nos presenta el Evangelio de Juan al hablarnos de este acontecimiento fundante de la Iglesia es cuando menos paradójica. Nos encontramos en el Domingo de Pascua. Por las narraciones de los cuatro evangelistas sabemos que aquel día fue frenético: idas y venidas al sepulcro, personas que aseguran que han visto al Señor los de Emaús que van desolados y vuelven jubilosos. Llantos, estupor y, sobre todo, alegría.

Y sin embargo a esas personas las encontramos ahora encerradas por miedo. La historia de la humanidad ha cambiado para siempre: Cristo ha resucitado. Desde ese día hay un antes y un después. No obstante, el cambio que se había de operar en los discípulos estaba por hacerse: todavía conservaban los rezagos de ese temor que los hizo abandonarlo en el Calvario, y la frustración, como nos muestras los dos de Emaús, anidaba en sus corazones. Y en esa situación Jesús resucitado se aparece a ellos, en el cenáculo a unos en el camino a otros. Y les comunica su Espíritu y el grupo de cobardes y traidores cambia, Unos corren a comunicar a los otros lo que han experimentado en la fracción del pan. Otros abren sus puertas cerradas y comienzan a dar abierto testimonio.

Y es hermoso ver como Jesús responde frente al miedo de los discípulos dándoles una misión: anunciar que está vivo, ser sus testigos en Jerusalén y hasta los confines de la tierra. La misión es la respuesta del Señor a los miedos y debilidades de los discípulos. La misión es la respuesta a nuestras cobardías y debilidades.

Jesús no espera a que sus apóstoles se conviertan en hombres valientes para después enviarlos. Los envía justamente cuando están asustados: porque su paz y su fuerza no vendrán de las cualidades humanas o de las circunstancias favorables. Vendrán del Espíritu Santo que reciben el día de Pentecostés (*Hch 2, 1ss*), del Señor resucitado que camina con nosotros (cf. *Lc 24, 15*), de la fe perseverante en medio de las tribulaciones, de la esperanza alegre que anida en nuestros corazones, que nos lleva a estimar a los demás como superiores y del amor sincero (cf. *Rm 12, 9-13*).

La Iglesia se hizo, se hace y se hará por la acción del Paráclito. Nuestra tarea no es otra que dejarnos guiar por Él. Por eso no caben ni las inhibiciones ni la vanagloria. Hoy el Señor derrama su Espíritu sobre nosotros, sobre nuestra Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz. Abrámonos a su acción, acojamos sus dones: el don de sabiduría, inteligencia y consejo, el don de piedad, ciencia, temor de Dios y el don de la fortaleza.

Es la hora de la Iglesia, de una Iglesia en salida, como quería el Papa Francisco, una Iglesia capaz de salir de sí misma y de ir al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Es la hora de una Iglesia pueblo santo de Dios en la que todos somos necesarios: fieles laicos, consagrados y sacerdotes. Es la hora de los testigos: testigos del resucitado, testigos de un Dios que camina con nosotros. Es la hora de los profetas de esperanza. Hemos recibido un espíritu no de cobardía, sino de fortaleza (*2Tim 1, 7*).

La tarea que el Señor nos ha comunicado no es fácil, pero tampoco es imposible. Sería imposible si dependiera solo de nuestras fuerzas, si caminásemos solos. Entonces la frustración y el fracaso ya estarían asegurados antes de iniciar, pero no estamos solos. El

Espíritu nos comunica un especial: el don de la fortaleza, de la valentía que nos da la fuerza para obedecer antes a Dios que a los hombres (*Hch* 5, 29). El Espíritu nos libera, libera nuestro corazón de la tibieza, de las incertidumbres de todos los temores que puedan frenarnos a la hora de salir, de testimoniar la belleza del Evangelio. En nuestras vidas hay momentos difíciles y situaciones extremas y dolorosas en las que el don de fortaleza se manifiesta de modo extraordinario, ejemplar. Es el caso de quienes deben afrontar experiencias particularmente duras y dolorosas, que revolucionan su vida y la de sus seres queridos. La Iglesia resplandece por el testimonio de numerosos hermanos y hermanas que no dudaron en entregar la propia vida, con tal de permanecer fieles al Señor y a su Evangelio.

Tampoco hoy faltan cristianos que en muchas partes del mundo siguen celebrando y testimoniando su fe, con profunda convicción y serenidad, aun cuando saben que ello puede comportar un precio muy alto. Cuántos hombres y mujeres —nosotros no conocemos sus nombres— que honran a nuestro pueblo, honran a nuestra Iglesia, porque son fuertes: fuertes en confesar su fe. Estos hermanos y hermanas nuestros son los “santos de la puerta de al lado”, como decía el Papa Francisco, santos en la cotidianidad ¡Son muchos! Más de los que pensamos. Demos gracias al Señor por estos cristianos que viven una santidad oculta, dando testimonio valiente de su fe. Es el Espíritu Santo que tienen dentro quien les conduce. Y nos hará bien pensar en esta gente: si ellos hacen todo esto, si ellos pueden hacerlo, ¿por qué yo no? Y nos hará bien también pedir al Señor que nos dé el don de fortaleza, sin olvidar lo que nos dice Pablo: “Todo lo puedo en aquel que me da la fuerza ((*Fil* 4, 13). Sin olvidar que “Él da fuerza al cansado y acrecienta el vigor del que desfallece” (*Is* 40, 29).

Es la hora de *desplegar alas como las águilas, de correr y no cansarse, de caminar y no fatigarse* (cf. *Is* 40, 31). Pidamos hoy al Señor un “nuevo Pentecostés” para su Iglesia y en particular para nuestra Iglesia de Mérida-Badajoz. Que María, protagonista indispensable de lo que hoy celebramos nos ayude a decir *hágase* a cada moción del Espíritu. *Fiat, fiat, amén, amén.*